

Pobreza en España: jóvenes y mujeres en los espacios sociales de la vulnerabilidad

Ángel Belzunegui

Ignasi Brunet

Oana Matu

Inma Pastor

Universidad Rovira i Virgili

1. INTRODUCCIÓN: LOS ESTUDIOS SOBRE LA POBREZA

Este texto forma parte de dos proyectos de investigación del programa I+D+i del periodo 2008 a 2011, uno de ellos titulado “Nueva pobreza y exclusión social en los jóvenes de España”, dirigido por el Dr. Ignasi Brunet, y otro “Pobreza, exclusión y desigualdad de género en España”, dirigido por el Dr. Ángel Belzunegui. Los dos proyectos han contado con un equipo de investigadores pertenecientes a seis universidades españolas¹, de otras tantas Comunidades Autónomas, comunidades en las que se realizó el trabajo de campo: Andalucía, Aragón, Cataluña, Comunidad Valenciana, Murcia y País Vasco.

El primero de ellos ha analizado la pobreza y la exclusión juvenil en España centrándose en la lógica que hay tras los procesos sociales de empobrecimiento y exclusión que afectan a los jóvenes, y cómo es la experiencia vivida por los jóvenes afectados por la pobreza de estas comunidades. El segundo proyecto se propuso analizar, desde una perspectiva de género, la lógica de los procesos de empobrecimiento que afectan a las mujeres y cómo interpretan y definen las mujeres la pobreza, como actoras de estos procesos sociales, así como sus relaciones con el resto de elementos que les rodean: familia, trabajo, grupos sociales, economía doméstica, cuidado de dependientes.

1 El equipo investigador de ambos proyectos ha estado formado por las siguientes personas: Ángel Belzunegui (URV), Ignasi Brunet (URV), Inma Pastor (URV), Francesc Valls (URV), Oana Matu (URV), Araceli López (URV), Carlos Gómez (Universidad de Zaragoza), Alexia Sainz (Universidad de Zaragoza), Esther Puyal (Universidad de Zaragoza), Imanol Zubero (UPV), M. Luz De la Cal (UPV), Lola Frutos (Universidad de Murcia), Felipe Morente (Universidad de Jaén), Inma Barroso (Universidad de Jaén), Antonio Santos (Universidad de Valencia) y María Poveda (Universidad de Valencia).

Brevemente, los objetivos de las investigaciones han sido: 1) Comparar la pobreza juvenil y de género entre las Comunidades Autónomas de España, con sus diversos sistemas de protección social y de ciudadanía inclusiva; 2) identificar los diferentes tipos de personas (jóvenes y mujeres en cada caso) que se ven afectados/as por la nueva pobreza y la exclusión social; 3) analizar la trayectoria social de los diferentes tipos de jóvenes y de mujeres en función de la estructura de oportunidades que les proporcionan su origen social, su género y su etnia o nacionalidad, y 4) analizar el conjunto de las estrategias de los diferentes tipos de jóvenes y de mujeres en relación al sistema escolar, al mercado de trabajo y a la red de intervención social.

La perspectiva más utilizada en los estudios sobre pobreza ha sido la cuantitativa que define operativamente y cuantifica de manera precisa el denominado umbral de la pobreza bajo el cual la población es considerada, de manera dicotómica, pobre o no pobre. En consecuencia, la técnica más generalizada en los estudios sobre pobreza en España ha sido la encuesta. El problema de la encuesta es que los sujetos son extraídos del contexto de sus relaciones sociales (en la que sus discursos y experiencias tienen sentido). Para superar esta restricción, se optó por combinar el uso de datos secundarios de encuesta con técnicas cualitativas con el objetivo de reproducir el sentido subjetivo de las experiencias sociales, a partir de entrevistas en profundidad y la organización de grupos focales, compuestos por informantes privilegiados y por hombres y mujeres afectadas por situaciones de exclusión social y pobreza.

En la fase cuantitativa se realizó un análisis para la construcción de tipologías de jóvenes, por un lado y de mujeres, por otro. Para ello, se trabajaron los datos de la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) del Instituto Nacional de Estadística, en su serie desde el año 2004 hasta la actualidad, y los datos del Panel de Hogares de la Unión Europea (PHOGUE) para la serie 1995 al 2002. Para análisis más precisos y detallados se utilizó la ECV2009, que hace referencia a datos recopilados durante el año 2008.

En la fase cualitativa, el trabajo de campo se realizó a través de entrevista en profundidad y grupos de discusión. El objetivo fue recabar información sobre cuál es la naturaleza de la pobreza y las formas en qué ésta se aparece, así como las valoraciones que los sujetos pobres hacen de su situación vivencial. Los discursos pusieron de relieve los esquemas interpretativos o marcos socialmente adquiridos, la aplicación de los cuales se efectúa por la correspondencia entre estructura social y estructura cognitiva de los actores.

Las Comunidades Autónomas escogidas en las dos investigaciones engloban una realidad sociodemográfica que representaba el 55,24% de la población del país

(datos del 2008-2009, en el que se basan fundamentalmente los datos de ambas investigaciones). El tejido económico diverso de estas regiones también representa bien al conjunto español. Regiones tradicionalmente industriales como Cataluña, País Vasco y Aragón, pero con una presencia cada vez mayor del sector servicios; regiones en las que el sector servicios tiene un mayor peso económico, como la Comunidad Valenciana y Andalucía y, en cierta manera también la Región de Murcia, con una combinación importante de agricultura e industria agroalimentaria y sector turístico. A nivel económico, estas regiones comprendían el 54% del Producto Interior Bruto pm a precios corrientes de España. Respecto al PIB per cápita, tres de las regiones que participan en esta propuesta se sitúan por debajo de la media española, concretamente Andalucía, Región de Murcia y Comunidad Valenciana, y otras tres por encima: Cataluña, Aragón y País Vasco. El interés de comparar comunidades con diferentes ritmos de crecimiento económico, demográfico y con estructuras sociales también diferentes nos lleva a una mejor comprensión de la realidad de la exclusión social y la pobreza en los hombres y mujeres.

2. ALGUNOS DATOS DE SITUACIÓN: EL PERFIL DE LA POBLACIÓN POBRE ESPAÑOLA

En términos absolutos, la ECV2009 ofrece una cifra de pobres de 8.884.892 para 2008, año en el que se recogen los datos. De este total, el 53,5% son mujeres y el 46,5% son hombres. La distribución de la población pobre española por grupos quinquenales de edad es la siguiente:

Tabla 1. Distribución de la población española pobre por grupos de edad, 2008.

Edades	Hombres	Mujeres	Diferencial
0 a 4	49,6%	50,4%	,9%
5 a 9	43,5%	56,5%	12,9%
10 a 14	48,8%	51,2%	2,5%
15 a 19	53,4%	46,6%	-6,8%
20 a 24	49,6%	50,4%	,9%
25 a 29	43,2%	56,8%	13,5%
30 a 34	49,5%	50,5%	,9%
35 a 39	45,0%	55,0%	9,9%
40 a 44	52,6%	47,4%	-5,2%
45 a 49	50,3%	49,7%	-,7%
50 a 54	48,2%	51,8%	3,6%
55 a 59	50,5%	49,5%	-1,1%
60 a 64	46,0%	54,0%	8,0%
65 i més	39,0%	61,0%	21,9%
Total	46,5%	53,5%	7,0%

(Elaboración propia a partir de ECV2009)

El grupo de edad con mayor representación de mujeres pobres es el de más de 65 años, grupo en el cual el 61% de los pobres son mujeres. Le sigue el grupo de edad de 25 a 29 años, con una presencia femenina entre los pobres del 56,8% y el grupo de 5 a 9 años con el 56,5%. En la evolución de la serie 1995-2008, se han incrementado las mujeres en el grupo de pobres de 5 a 9 años y han disminuido, de forma más acusada, las mujeres pobres en el mayor grupo de edades. La distribución de la población pobre según el sexo en cada comunidad autónoma refleja diferencias entre las regiones.

Tabla 2. Distribución de la población pobre por sexo en las CCAA, 2008.

	Hombres	Mujeres	Diferencial mujeres - hombres
Madrid	44,7%	55,3%	13,4
País Vasco	44,8%	55,2%	12,2
Galicia	48,1%	51,9%	10,6
Navarra	43,9%	56,1%	10,6
C. Valenciana	44,7%	55,3%	10,6
Asturias	47,9%	52,1%	10,5
Baleares	45,1%	54,9%	9,9
Aragón	43,3%	56,7%	9,8
Cataluña	48,8%	51,2%	8,8
Ceuta y Melilla	46,3%	53,7%	7,4
Castilla-La Mancha	48,5%	51,5%	7,4
Total	45,6%	54,4%	7,0
Rioja	44,7%	55,3%	4,2
Andalucía	45,1%	54,9%	3,9
Cantabria	48,1%	51,9%	3,8
Murcia	48,4%	51,6%	3,2
Extremadura	46,3%	53,7%	3,0
Canarias	48,5%	51,5%	3,0
Castilla-león	46,5%	53,5%	2,4

(Elaboración propia a partir de ECV2009)

Las comunidades con mayor número de mujeres pobres entre su población pobre son Madrid, País Vasco, Galicia, Navarra, C. Valenciana y Asturias, todas ellas con un diferencial mayor a 10 puntos porcentuales. Es destacable el hecho de que algunas de estas regiones sean, a su vez, las que menores tasas de pobreza presentan (Navarra, País Vasco, Asturias y Madrid). Por el contrario, los menores

diferenciales se observan en comunidades con altas tasas de pobreza, como es el caso de Canarias, Extremadura, Murcia o Andalucía. El modelo de pobreza de estas últimas comunidades es un modelo con mayor extensión entre la población, esto es un modelo más socializado de pobreza que no el de las regiones más prósperas y con menores tasas de pobreza. El mayor diferencial de rentas en las regiones más ricas, acabaría así teniendo un reflejo más directo sobre la mayor cantidad de mujeres pobres en cada uno de sus territorios.

Cuando segmentamos el total de la población por grandes grupos de edad, vemos que hasta 2008 la mayor tasa de pobreza correspondía a los mayores de 65 años, con un 25% según los datos de la ECV2009, aunque las tasas de pobreza de los menores de 15 años (22,7%) y del grupo de edad de 15 a 24 años (22,6%) también eran considerables. Sin embargo, en los tres últimos registros de la ECV (2009, 2010 y 2011) se constata un aumento de la población pobre entre los menores de 16 años y una disminución entre los mayores de 65 años.

Tabla 3. *Porcentaje de población pobre según grupo de edad en los tres últimos registros de la Encuesta de Condiciones de Vida, España.*

	ECV2009	ECV2010	ECV2011
Menores de 16 años	23,3%	25,3%	26,5%
Entre 16 y 29 años	17,5%	21,4%	20,7%
Entre 30 y 44 años	16,8%	18,4%	
Entre 45 y 64 años	17,8%	19,1%	
Mas de 64 años	25,2%	21,7%	21,7%
Total	19,5%	20,7%	21,8%

Elaboración propia a partir de ECV

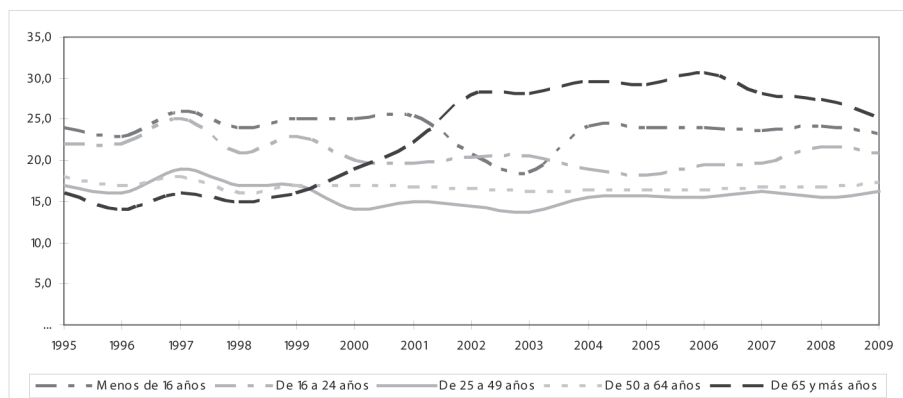
Si tenemos como base toda la población declarada pobre en España, esto es 8.884.892 personas según la ECV2009, y la dividimos por grupos de edad, el grupo de 25 a 44 años representa el 26,8% del total de pobres en España, el grupo con mayor representación. Efectivamente aquí hay un efecto que tiene que ver con el tamaño del grupo de edad, ya que los que están comprendidos entre los 25 y 44 años son el 32,9% de la población, el grupo que tiene más efectivos. Aún así, y en términos de composición de la pobreza en general, no se puede menospreciar el hecho de que algo más de uno de cada cuatro pobres en España tengan entre 25 y 44 años, que es la edad en la que se tiene la descendencia. Este hecho está vinculado al crecimiento de la pobreza que observamos entre el grupo de hogares formados por familias nucleares. A medida que crece la pobreza entre los individuos que forman familias nucleares, y de sus hogares, crece la pobreza entre los niños y los más jóvenes hasta los 16 años. Estos datos, a nuestro entender, pueden

estar indicando el cambio de patrón en el perfil de pobreza en España, en lo que consideramos como un proceso de socialización de la pobreza.

Los factores que están en la base de estos crecimientos tienen que ver con la mayor vulnerabilidad de las cohortes de edad que se insertan en el mercado de trabajo a partir de los 25 años y que comienzan la fase de reproducción, formando familias normalmente nucleares. El hecho de tener una ocupación, si bien hasta ahora había actuado como una garantía frente a la adversidad y, más en concreto, frente a sufrir situaciones de pobreza, puede dejar de estar siendo un aval en este sentido. Aunque para la mayoría de la población la ocupación, y en el seno de las familias, la ocupación de sus dos miembros principales, actúa como un parapeto ante el riesgo de pobreza, hay sectores de la población para los que no actúa de esta manera, probablemente por cuestiones relacionadas con la intermitencia en el mercado de trabajo y por la baja calidad de las condiciones de trabajo de las ocupaciones que desempeñan, entre las que se encuentra el valor o precio de su trabajo en el mercado.

Los datos de la serie de la tasa de pobreza que tenemos desde 1995 distribuidos por grupos de edad, vienen a desmentir el estereotipo de que la pobreza ha sido siempre una cuestión intrínseca a las edades más avanzadas. No siempre los mayores de 64 años han sido el grupo de edad con mayor porcentaje de pobres, sino que precisamente ha sido el grupo de menores de 16 años el que ha sobresalido, desde 1995 al 2000 como se puede observar en el gráfico:

Gráfico 1. Composición de la población pobre por grupos de edad. Serie 1995-2009. España.



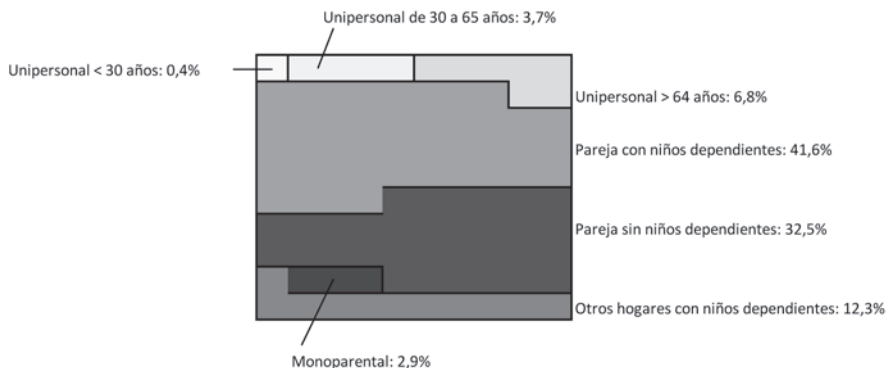
Elaboración propia a partir de INE

Desde 1995, año en que tenemos datos de la serie, hasta el año 2001, existía una mayor representación de pobres en los grupos de edades más jóvenes, especialmente entre los menores de 15 años, seguidos de muy cerca por el siguiente grupo de edad, el que va de los 15 a los 24 años. Los dos grupos ven otorgada su situación de pobreza por el carácter dependiente de sus miembros. Es frecuente encontrar entre estos jóvenes pobres muchos de ellos que están completando sus estudios, bien sea de secundaria y en menor medida universitarios. Para una parte de estos jóvenes, la emancipación supondrá posteriormente salir de la situación de pobreza sobre todo para aquellos que logran inserirse de forma estable en el mercado de trabajo. Si lo hacen de forma inestable y, además, tienen bajas cualificaciones, su recorrido vital puede estar jalonado por entradas y salidas de la situación de pobreza, es lo que denominamos pobreza friccional o pobreza intermitente.

¿En qué tipo de hogares viven y conviven las personas pobres en España? Los pobres españoles viven muy mayoritariamente en hogares en los que conviven con su pareja y con niños dependientes. Concretamente el 41,6% de los que están por debajo del umbral de la pobreza, viven en este tipo de hogares. Este dato viene a confirmar los siguientes hechos: 1) en términos del perfil de los pobres, mayoritariamente son personas de mediana edad, 2) que forman unidades familiares mayoritariamente nucleares, y 3) que otorgan la condición de pobreza a todos los miembros del hogar, hecho que hace aumentar las tasas de pobreza de los más jóvenes.

Pero lo interesante además es constatar que el segundo tipo de hogar con mayor peso porcentual entre los pobres españoles es el de la pareja sin niños dependientes, concretamente representan el 32,5%. Las familias monoparentales suponen el 3% de los hogares y los hogares unipersonales el 10,8% (0,4% unipersonal menor de 30 años, 3,7% unipersonal entre 30 y 64 años y 6,8% unipersonal mayor de 65 años).

Gráfico 2. Composición de los hogares pobres: porcentaje de personas pobres que viven en diferentes tipos de hogar. España 2008.



(Elaboración propia a partir de ECV2009)

En líneas generales, hombres y mujeres pobres están igualmente distribuidos entre los diferentes tipos de hogar, con la excepción de los hogares unipersonales de mayores de 65 años donde se observa un mayor porcentaje de mujeres, un 10,7% frente al 2,2%, sin duda este hecho derivado del peso demográfico del grupo de edad de más de 65 años entre las mujeres. También se observa una menor desviación de los porcentajes en la categoría otros hogares con niños dependientes, donde hay un ligero mayor porcentaje en los hombres pobres, 13,4% por 11,4% entre las mujeres pobres.

El 47,3% de los pobres españoles conviven en el hogar con tres personas o más, dando lugar a que el tipo de hogar de cuatro o más miembros sea el mayoritario entre los pobres en España. Los hogares de dos o tres miembros (el 42%), son básicamente las parejas solas, mayoritariamente jóvenes que tienen un hijo, pero aquí también hay parejas de pensionistas que viven solos una vez que sus hijos han marchado de casa. Por último, como ya hemos visto antes los pobres que viven solos representan el 10,8% del total de pobres.

3. FORMAS DE VULNERABILIDAD SOCIAL JUVENIL EN ESPAÑA

La investigación sobre pobreza y jóvenes se planteó con el objetivo de superar la definición que sitúa la edad biológica, estadísticamente “neutra”, como característica sustancial de un supuesto colectivo social. En la revisión de la literatura, se observa como la noción de estructura social sigue siendo una de las principales

ausencias en el campo de estudio de la juventud, siendo suplantada por la edad biológica. Para solucionar esta carencia se ha objetivado la existencia de diferentes grupos sociales juveniles con el fin de superar la homogeneización artificial y apriorística. Así, la unidad de análisis de esta investigación no ha sido la juventud sino las juventudes, entendidas estas como agrupaciones de individuos que, además de compartir un mismo período cronológico, comparten también similares contextos de posiciones sociales.

Teniendo en cuenta los contextos sociales se han detectado la existencia de tres grandes realidades sociales juveniles. (1) La primera está formada por casi la mitad de los jóvenes españoles, que se encuentran en situación de protección ante la vulnerabilidad (jóvenes adultos acomodados, adolescentes urbanos acomodados y élite juvenil). Se caracterizan, con sus especificidades (básicamente la edad, el hecho de estudiar o trabajar, y el hecho de vivir en el hogar de origen o estar emancipados), por una ausencia de riesgo social en todas las dimensiones analizadas. En un polo opuesto, (2) otra gran agrupación social de jóvenes, a la que pertenece poco más de un tercio de los jóvenes (adolescentes desfavorecidos, juventud descualificada y juventud adulta precarizada) comparte una posición de debilidad en la estructura social, que se traduce en una salida rápida del sistema educativo, una inserción precaria al mercado laboral, con una generalización de la rotación laboral, el paro, de la inactividad y de la baja calificación, unas bajas rentas familiares, la existencia habitual de deficiencias en relación a la calidad de la vivienda así como problemas en la capacidad de consumo. También tienen, ciertamente, rasgos diferenciadores (la edad, haber finalizado o no la etapa educativa, vivir o no en el hogar de origen, el estado de salud, el acceso a la protección social y la fortaleza del vínculo social -consecuencia, en gran parte, de las anteriores-), que se deben tener presentes para evitar hablar con demasiada simplicidad de una dicotomía vulnerabilidad/no vulnerabilidad. Por último, (3) un tercer gran grupo de la juventud española está caracterizada por el contexto rural, con bajas rentas pero sin que ello se traduzca en una acumulación de limitaciones en el resto de dimensiones (aunque si que aparecen en las mujeres jóvenes, especialmente en el ámbito laboral).

El discurso de los agentes participantes explicita la importancia de dos dimensiones analíticas: a) los procedimientos de proximidad en la lucha contra la vulnerabilidad social juvenil, y b) las debilidades que aparecen en el actual modelo de vinculación entre los agentes y los provisos de recursos, especialmente la Administración Pública, así como las debilidades que esta sufre cuando se decide a poner en marcha servicios para la juventud desfavorecida.

En cuanto a los procedimientos, hemos detectado la importancia que los agentes dan a la noción de proximidad. Una proximidad que se estructura en el trinomio joven/comunidad/agente social, y que implica una mejora en la calidad del trabajo contra la vulnerabilidad social juvenil. En cuanto a la relación entre el agente social y el joven, se remarca la necesidad de superar las barreras materiales y simbólicas que existen entre ambas partes. Los agentes deben ser capaces de acercarse física y comportamentalmente a los jóvenes, de poner en marcha recursos accesibles y de adaptarse constantemente a los perfiles y a las necesidades dinámicas juveniles. Cuando esto sucede, los agentes se convierten en un punto de referencia para el joven y eso posibilita el trabajo posterior, ya de tipo específico e individualizado. Además, es necesario garantizar una exigencia mutua entre ambas partes que, en el caso de los jóvenes, requiere la voluntad de éstos de colaborar activamente con el agente. En caso de resistencia, el agente social puede convertir la falta de voluntad del joven en una barrera a la entrada a los recursos y gestionar a su favor la relación entre la demanda de sus servicios y su oferta limitada disponible. En este caso, el trabajador social se convierte en un agente punitivo contra la resistencia del joven que rechaza la mediación institucional.

Por último, la proximidad entre jóvenes vulnerables y la comunidad está mediatizada por los agentes con dos objetivos: 1) promover una ampliación de los marcos sociales referenciales de los jóvenes, para que se puedan desarrollar con éxito en otros contextos sociales, y 2) facilitar un reconocimiento de estos jóvenes por parte del entorno que los rechaza.

En cuanto a las relaciones entre los agentes sociales y la Administración Pública, hemos detectado la ineficacia de algunos modelos de actuación del Estado. Los modelos de retribución de recursos económicos son insatisfactorios debido a un sistema excesivamente burocratizado y acotado en el tiempo y en los proyectos subvencionables, lo que choca con la naturaleza y las exigencias del trabajo a realizar por los agentes sociales. Para dar respuesta a estas limitaciones, los agentes intentan ampliar la base social (con la profesionalización que esto requiere), es decir, tratan de alejarse del actual sistema promovido por la Administración mediante la diversificación de los recursos, con el objetivo de ganar independencia, flexibilidad y poder adaptarse en cada momento la estructura de los recursos a las necesidades de trabajo. Cuando la Administración adquiere el rol de provisor de recursos aparece el problema de la indeterminación del concepto juventud, con la ausencia de recursos y de posibilidad de liderazgo de las áreas de juventud ante los otros niveles departamentales de la Administración, y con los problemas de definición del objeto de atención (los jóvenes) debido a la disgregación de agentes participantes. En último término hemos visto como la solución simple y habitual,

el uso de la edad como variable definidora, se muestra igualmente ineficaz cuando lo que se afrontan son juventudes heterogéneas.

Hemos organizado el contenido de los discursos de los jóvenes en tres bloques. El primer bloque hace referencia al vínculo social, en tanto que la vulnerabilidad social promueve un proceso de ruptura del vínculo social y tiende a generar conductas basadas en la pasividad (renunciar a perder). El segundo bloque examina la forma en que son afrontados subjetivamente los obstáculos que se presentan en sus vidas, ya que a pesar de la heterogeneidad de situaciones resultantes, en función de la edad de los jóvenes, del origen, del contexto geográfico o del sexo, el origen de la precariedad en los ingresos suele ser el mismo: la reproducción de las desigualdades de clase. Por último, el tercer bloque se centra en aspectos relativos a la construcción de la identidad de estos jóvenes.

3.1. EL VÍNCULO SOCIAL

Destacamos 3 ideas que nos parece importante retener:

a) La primera idea se refiere a la relación que se establece entre la posición de clase y el vínculo social y es, como mínimo, previsible: si hemos detectado que hay jóvenes que parten de una posición desfavorable para acceder a los recursos sociales (un capital escolar, una posición en el segmento superior del mercado laboral, una capacidad de consumo consolidada, una vivienda bien equipada, etc.), no es de extrañar que esta posición desfavorable se reproduzca también cuando hablamos de otro recurso social como es establecer un vínculo social significativo. Estos jóvenes, socializados en entornos desfavorables, se mueven con comodidad dentro de estos entornos. La puesta en práctica de su subjetividad responde, de manera consciente o inconsciente, a este condicionante. Ahora bien, estos mismos entornos sociales de proximidad tienen muchas limitaciones para mejorar las condiciones de vida de los jóvenes. Y aquí radica el problema del vínculo social. En la medida que los jóvenes, producidos en este espacio social que ofrece unas precarias oportunidades de futuro, deben salir para ganarse la vida, aparecen las fallas de conexión con el entorno: las experiencias negativas con el profesorado, el estrés que supone una entrevista de trabajo, la acumulación de fracasos laborales, las dificultades económicas, la restricción del abanico de expectativas, etc. Con el paso del tiempo, esta problemática tiende a producir discursos de perdedores. Los jóvenes, evaluando su posición social y su entorno, saben que poco tienen que ganar fuera de sus mundos. Entonces, las estrategias de pasividad no son tanto una renuncia a la participación como una renuncia a seguir perdiendo. Están cansados de ser juzgados negativamente y prefieren reservarse un riesgo que no se quieren jugar: la esperanza.

b) La segunda idea es una continuación de la primera y sirve para enmarcarla y matizarla. Parte de una constatación: la ruptura del vínculo social no es un estado. Por lo tanto, entendemos que análisis del tipo "este joven tiene un comportamiento pasivo" son erróneas o, al menos, incompletas. En la investigación hemos detectado que los jóvenes participantes están excluidos de muchas esferas sociales pero no existe el aislamiento absoluto. En estas sociedades contemporáneas, donde parece que la autonomía individual sea un elemento a preservar, se mantiene la interdependencia entre el individuo y su entorno. Hemos detectado que los jóvenes que presentan un vínculo social (aparentemente) de debilidad tejen estrategias alternativas de relación con el entorno. Concretamente, hemos enumerado cuatro estrategias que permitan cambiar la naturaleza del vínculo social y adaptarlo a la propia subjetividad: la construcción de un mundo íntimo o de un mundo virtual, el distanciamiento, la construcción de un vínculo social abundante y superfluo, y la especialización. Estas estrategias permiten al joven superar la escasez de capital relacional de que dispone y gestionar el vínculo con el entorno de manera que se reduzcan las experiencias estresantes que se generan al tener un contacto directo con otros individuos.

c) La tercera idea que destacamos es común a todas las estrategias examinadas: lo que en último término busca el joven es ser protagonista de la propia vida. Y, con este objetivo, teje la estrategia que mejor se adapta a su subjetividad y su entorno. El joven busca no depender de nadie, porque la dependencia es lo que define su vulnerabilidad. La autonomía, entendida como capacidad de definir las propias acciones, en sus diferentes formas (madurez, independencia, intimidad, control), es idealizada y elevada a objetivo final. Gracias a esta autonomía, el joven puede decidir quién forma parte de su mundo, qué grado de relación se establece o qué naturaleza define esta relación. Y gracias a este poder puede evadir las situaciones de estrés social que se generan en su subjetividad cuando debe afrontar situaciones de las que no tiene el control.

3.2. LOS OBSTÁCULOS

En los países del sur de Europa la pobreza es un fenómeno más permanente y reproducible. Por lo tanto, a través de la herencia familiar, es decir, de la transmisión intergeneracional de la pobreza, se ejecuta la crónica de una vulnerabilidad anunciada. Entre las formas de transmisión intergeneracional de la pobreza hemos destacado dos. La primera actúa en un alto nivel de inconsciencia y hace referencia a la posición familiar de clase: la débil transmisión de capital cultural y escolar es uno de los mecanismos más efectivos para reproducir la vulnerabi-

lidad social. La segunda forma de transmisión lo hemos situado en los episodios familiares de inestabilidad y, ahora sí, actúa de manera explícita. Concretamente, hemos destacado el efecto que tienen para los jóvenes episodios como las rupturas familiares o el contacto del entorno familiar con las drogas.

Además de esta desventaja estructural familiar hemos abordado otros obstáculos. Hemos visto que los jóvenes ponen en marcha estrategias para afrontar la escasez de recursos económicos: por un lado, a través de la solidaridad familiar de tipo bidireccional, donde la familia asume el rol que el mercado de trabajo y la protección pública no pueden ofrecer los jóvenes. Por otra parte, mediante la adaptación del nivel de vida a las posibilidades reales, por ejemplo, valorando los objetos a partir de su valor de uso y no por el valor simbólico que tienen asociado. Otro obstáculo al que deben hacer frente los jóvenes participantes es la posición de debilidad en el mercado laboral. La falta de calificación limita sus expectativas a la vez que les obliga a adoptar actitudes dóciles y de sumisión, ya que las actitudes rebeldes y reivindicativas tienen escasas probabilidades de éxito. Para afrontarlo, hemos detectado diversos mecanismos de alivio de su situación: la positivización de la explotación, la relativización y la positivización de la precariedad, y el autocontrol de las exigencias. En último término, hemos abordado también formas alternativas de obtención de ingresos, los trapicheos, habitualmente fuera del mercado de trabajo y a menudo fuera de la legalidad. Una vez evaluadas no hemos tenido problema en definirlos como una forma de emprendimiento adaptada a las condiciones objetivas de existencia de estos jóvenes.

3.3. IDENTIDADES

El sentido que los jóvenes participantes dan a su existencia está ligado a su estatuto social y su posición de clase. Entre los discursos de los jóvenes hemos discernido cinco modelos de construcción de la identidad.

- En primer lugar hemos detectado la constitución de una identidad negativa a partir de la acumulación de fracasos sociales. Las trayectorias biográficas frustrantes de los jóvenes participantes han ido consolidando un sentimiento de inferioridad en ámbitos como el sistema educativo o el mercado de trabajo. Un componente específico que hemos localizado en la subjetividad de los jóvenes afectados por este tipo de identidad es que se desdibuja el componente colectivo de los fenómenos sociales. Por tanto, el sentimiento de fracaso se individualiza y los jóvenes se culpan a sí mismos de la poca capacidad de incidir positivamente sobre el entorno social. En consecuencia, el sentimiento de humillación actúa como un

freno a la hora de tejer nuevas estrategias, al entender que (desde su desvalorización social) cualquier paso lleva previsiblemente a un nuevo fracaso social.

- Una segunda característica que hemos encontrado es la inseguridad. Bajo los condicionantes objetivos que se presentan en las vidas de los jóvenes, aparece un doble desencanto orientado hacia el presente y el futuro. De cara al futuro, las dificultades para lograr una buena posición en el mercado de trabajo y para poner en marcha el proceso de emancipación familiar dan lugar a episodios de angustia y de desesperanza. Falto de futuro, los jóvenes orientan la mirada sobre el presente. Pero, a diferencia de lo que ocurre con otros jóvenes, la mirada al presente de estos jóvenes desposeídos de capitales no se basa en el disfrute de la indeterminación (entre autonomía y responsabilidad) o en el tanteo de posicionamiento social, sino que es una forma de resistencia: se trata de huir de la condena dictada por la reproducción social de las desigualdades.

- El tercer modelo es la identidad angustiada, fruto de la interiorización en la subjetividad de las carencias en las condiciones de vida. Los episodios depresivos y de ansiedad son la explosión dramática y más visible de esta tipología de identidad. Hemos destacado la relevancia sociológica de estas conductas (habitualmente relegadas al ámbito psicológico). Por un lado, las causas de las caídas en estados depresivos están en gran parte determinadas por las precarias condiciones de vida a las que deben hacer frente (muerte de algún familiar, rupturas sentimentales o familiares, pérdidas de estabilidad personal, humillación en el trabajo, sentimiento de inferioridad, etc.). Por otro lado, las consecuencias de estos episodios también presentan una naturaleza social: en forma de conflictos familiares, de desvinculaciones laborales o de abandono del sistema formativo. Por último, también hemos apuntado que los elementos de naturaleza social tienen una relevancia importante a la hora de finalizar o de modelar estos episodios, como los cambios drásticos en las condiciones de vida, la inserción en un trabajo motivador o la aparición de nuevos referentes emotivos.

- La mayor parte de los jóvenes participantes han negado la condición de pobres cuando se les ha preguntado al respecto. Entendemos que es el reflejo del establecimiento de una cuarta tipología de identidad: la distintiva. Los jóvenes participantes se consideran a sí mismos como falsos pobres, a diferencia de los verdaderos pobres: aquellos individuos que se encuentran justo por debajo en términos de condiciones materiales de vida y de estatuto social. Cuando la distinción se basa en las condiciones de vida, los jóvenes señalan que tienen cubiertas todas las necesidades básicas y que por ello escapan de la pobreza (en su definición más absoluta). Cuando se basa en el estatuto social, los jóvenes señalan la

valoración de su estatus mediante la incorporación de valores subjetivos que los atan a una clase media idealizada (esfuerzo, sinceridad, honestidad), a diferencia de los valores de los verdaderos pobres (definidos por la despreocupación, falta de voluntad, incapacidad de esforzarse, malas personas). Definirse como pobres sería, para estos jóvenes, reconocer una condición social intolerable. Lo interesante sociológicamente es no sólo que no se consideren sino que a través de la identidad distintiva planifican estrategias y discursos de diferenciación social para aliviar esta humillación.

- La última tipología es la identidad dual. Surge por la diferenciación entre dos espacios sociales: dentro del hogar se exige al joven que desde muy pronto se valga por sí mismo, asuma el control de su vida y se convierta en un sujeto autónomo, mientras que fuera del hogar los jóvenes se ven obligados a adquirir un rol de sumisión y docilidad (por ejemplo, en trabajos mecánicos y manuales), debido a la falta de recursos materiales y simbólicos. Uno de los componentes que define la noción de juventud entre estos jóvenes vulnerables es, precisamente, la etapa en la que todavía no se ha tenido tiempo de asimilar esta identidad dual.

4. LOS PERFILES DE LAS MUJERES POBRES

En la investigación sobre pobreza y mujeres en España se analizaron los indicadores de pobreza según el género en combinación con otros indicadores de situación como, por ejemplo, el nivel de instrucción, el hogar y la relación de las mujeres con el mercado de trabajo.

Los datos muestran que la pobreza entre las mujeres está muy centrada en el perfil de mujeres mayores de 65 años y viudas que dependen de pensiones de jubilación, mujeres que disfrutaban de esas pensiones y que no han trabajado de forma remunerada en el mercado de trabajo. De hecho, las transferencias sociales impactan positivamente en la reducción de la pobreza extrema y severa entre las mujeres mayores de 65 años, más que en los hombres aunque también salen beneficiados de dichas transferencias. Hay más mujeres pobres pero la gravedad de su pobreza (medida por la distancia que las separa del umbral) es menor que la de los hombres. Esto puede explicarse por el impacto de las transferencias pero también por el uso que las mujeres hacen de los servicios sociales y de las redes familiares y de apoyo para paliar las situaciones de necesidad.

También sabemos que la acumulación de credenciales educativas más allá de la educación primaria rebaja progresivamente el riesgo de pobreza en mujeres y en hombres. La educación sigue siendo un buen remedio para sortear las situaciones de

pobreza, aunque no explique claramente las diferencias que se observan entre mujeres y hombres pobres con el mismo nivel de estudios. Es decir, para ambos sexos, la formación se convierte en una disminución del riesgo de pobreza vinculado este, de forma más clara, con los bajos niveles de estudios. Ahora bien, los datos diferenciales de tasas de pobreza entre hombres y mujeres muestran que la formación es algo menos eficiente para las mujeres que para los hombres, y este hecho es observable también en las edades juveniles. En edades adultas, el efecto homogeneizador de la familia homogámica equilibra los riesgos de pobreza en las edades adultas, mientras que en la vejez la concentración de mujeres en los tramos de menor formación (vinculada, por tanto, a una menor integración al mercado de trabajo y a una menor cotización) junto con la mayor probabilidad de ser viudas y pensionistas es lo que explica la mayor presencia de mujeres pobres respecto a los hombres de sus mismas edades.

La posición de mujeres y hombres en el mercado de trabajo, el tipo de ocupación (segmentación) y los ingresos que perciben por su actividad, se presentan como factores que, combinados con el tipo de hogar en el que viven los individuos, nos permiten mejor concretar dónde se producen las diferencias en las tasas de pobreza en hombres y en mujeres. Así, las mujeres que trabajan a tiempo completo y viven solas, presentan mayores tasas de pobreza que los hombres que trabajan a tiempo completo y viven solos, mientras que las mujeres que trabajan a tiempo completo y viven en hogares de dos adultos (con o sin niños), presentan tasas de pobreza claramente menores que las que presentan los hombres con las mismas características. También se puede observar este efecto en el caso de las mujeres que trabajan a tiempo parcial.

Más generalmente, esto se debe al efecto de protección que tiene para las mujeres la formación de un hogar nuclear, debido a que aún hoy día, una buena parte de este tipo de hogares descansa en el modelo de *male breadwinner*, aunque con un esquema ligeramente modificado: ahora los ingresos de muchas mujeres son considerados complementarios a los ingresos de los hombres con quienes conviven. De esta manera, en el caso de ruptura de la pareja, los hogares monoparentales resultantes en los que el adulto es una mujer, presentan mayores tasas de pobreza: para las mujeres que trabajan a tiempo completo, la categoría que suma mayor porcentaje de mujeres pobres es la del hogar monoparental.

Por último, señalar que las transferencias sociales tienen mayor impacto reductor de las tasas de pobreza a medida que avanza la edad, tanto para hombres como para mujeres. Ahora bien, las transferencias actúan de desigual forma en mujeres y hombres cuando se trata de la reducción de las tasas de pobreza severa y extrema: aquí, juegan un papel de mayor reducción en las mujeres que en los hombres.

En la segunda fase de la investigación se realizaron 96 entrevistas en profundidad a mujeres en las diferentes Comunidades Autónomas. En concreto, se han realizado 24 entrevistas en Andalucía, 12 en Aragón, 23 en Cataluña, 15 en la Comunidad valenciana, 11 en Murcia y 11 en el País Vasco. Un 53% de las entrevistadas vive en entornos urbanos, frente al 45% que habitan en entornos rurales. El reparto de las entrevistas se realizó siguiendo un mínimo principio de proporcionalidad poblacional.

La selección de las mujeres que participaron en el estudio cualitativo a través de entrevistas, se realizó en base a la construcción de una tipología de mujeres pobres que fue el resultado de un pre-test efectuado en un estudio para el caso de Cataluña y que nos permitieron perfilar algunos tipos de mujeres, en concreto los siguientes: 1) mujeres adolescentes; 2) mujeres monoparentales; 3) mujeres pensionistas; 4) mujeres inmigrantes y 5) mujeres en situaciones marginales. Hay que señalar que estos perfiles se cruzan en la realidad de las mujeres entrevistadas, esto es, no son perfiles excluyentes. Una mujer puede compartir características del perfil de inmigrante y del de monomarentalidad, otra puede ser al mismo tiempo una mujer pensionista que vive una situación marginal.

De las 96 entrevistas realizadas, 73 (76%) corresponden a mujeres con nacionalidad española y 23 (24%) son extranjeras. El reparto según grupos de edad es el siguiente: el 31,3% tienen entre 16 y 25 años, el 35,4% entre 26 y 40 años, el 24% entre 41 y 65 años y el 9,4% más de 65 años. Respecto al estado civil, el 29,2% son solteras, el 27,1% conviven en pareja, el 14,6% son viudas y el 29,2% son separadas o divorciadas.

Por lo que se refiere al nivel de estudios del total de las mujeres entrevistadas, un 23% no tiene estudios, un 33% tiene estudios primarios, el 20% posee estudios secundarios obligatorios y el 12,5% secundarios postobligatorios, y un 11,5% ha estudiado en la universidad.

Mayoritariamente las mujeres entrevistadas tienen descendencia, el 67,7%, frente al 32,3% que no tiene hijos. Un 27% tiene un hijo, el 14,6% tiene dos y tres hijos, el 3,1% tiene 4 hijos y el 8,3% tienen más de 4 hijos.

Hemos realizado un análisis cluster con el cual hemos creado grupos lo más homogéneos entre sí y lo más diferentes entre ellos, para distribuir a las mujeres entrevistadas en dichos grupos. El objetivo fue observar las marcas diferenciales entre los distintos grupos y si estas diferencias tienen o no consistencia como para poder hablar de diferentes perfiles de mujeres pobres, atendiendo a una serie de características que podríamos decir que son más o menos específicas de cada grupo.

Para realizar el análisis tipológico², hemos seleccionado las siguientes variables como factores que mejor pudieran definir los grupos: la edad (codificada en grupos de edad), la nacionalidad, el estado civil, el nivel de formación alcanzado, el número de hijos e hijas, la persona sustentadora principal del hogar donde viven y su situación de actividad/inactividad actual.

El análisis efectuado se basa en el cálculo de las distancias de las puntuaciones de cada mujer en las variables que participan en el análisis. La matriz de distancias resultante nos ofrece la siguiente distribución en 5 grupos:

Tabla 4. Grupos resultantes del análisis de conglomerados.

	Número de mujeres	Porcentaje sobre el total
GRUPO 1	21	21,9%
GRUPO 2	16	16,7%
GRUPO 3	19	19,8%
GRUPO 4	16	16,7%
GRUPO 5	24	25%
Total	96	100,0%

Elaboración propia

Grupo 1: Mujeres adolescentes y jóvenes. Este grupo está formado por 21 mujeres, destacando en él las mujeres adolescentes (14) y las adolescentes rurales (5).

Grupo 2. Mujeres en familias monomarentales y generación perdida. Este grupo está formado por 16 mujeres, entre las que destacan las mujeres de hogares monomarentales (7) y las jóvenes denominadas de la generación perdida (4).

Grupo 3. Mujeres en hogares nucleares. Grupo con 19 personas, en las que destaca la presencia de mujeres en situaciones de marginalidad (6).

Grupo 4. Mujeres inmigrantes. Grupo formado por 16 mujeres, de las cuales 14 son mujeres inmigrantes.

Grupo 5. Mujeres mayores. Grupo formado por 24 personas entre las que destacan 15 que son pensionistas.

² Se trata de un análisis de clasificación llamado análisis de conglomerados en dos fases que combina variables continuas con variables categóricas. La medida de distancia utilizada ha sido la Log-verosimilitud y el criterio de conglomeración ha sido el criterio bayesiano de Schwarz (BIC).

Tabla 5. Composición de los grupos resultantes con el análisis cluster y relación con las tipologías iniciales.

	Grupos resultantes					Total
	GRUPO 1 Mujeres adolescentes y jóvenes	GRUPO 2 Familias monomarentales	GRUPO 3 Mujeres en hogares nucleares	GRUPO 4 Mujeres inmigrantes	GRUPO 5 Mujeres mayores	
Adolescentes dsefavorecidas	14 66,7%	1 6,3%	1 5,3%	0 ,0%	0 ,0%	16 16,7%
Adolescentes rurales	5 23,8%	1 6,3%	3 15,8%	1 6,3%	0 ,0%	10 10,4%
Mujeres monomarentales	0 ,0%	7 43,8%	0 ,0%	0 ,0%	3 12,5%	10 10,4%
"Generación perdida"	1 4,8%	4 25,0%	2 10,5%	0 ,0%	0 ,0%	7 7,3%
Jóvenes descualificadas	0 ,0%	1 6,3%	3 15,8%	1 6,3%	0 ,0%	5 5,2%
Mujeres inmigrantes	1 4,8%	0 ,0%	3 15,8%	14 87,5%	0 ,0%	18 18,8%
Mujeres pensionistas	0 ,0%	0 ,0%	1 5,3%	0 ,0%	15 62,5%	16 16,7%
Mujeres en situaciones marginales	0 ,0%	2 12,5%	6 31,6%	0 ,0%	6 25,0%	14 14,6%
Total	21 100,0%	16 100,0%	19 100,0%	16 100,0%	24 100,0%	96 100,0%

Elaboración propia

Veamos con más detalle las características de cada grupo.

Grupo 1. Las mujeres adolescentes y jóvenes.

Todas las mujeres de este grupo tienen menos de 25 años.

El 90% son solteras, el 5% viven en pareja y el 5% están separadas o divorciadas.

El 81% tienen la nacionalidad española.

El 43% tienen estudios primarios y otro 43% secundarios. Un 5% son universitarias.

El 86% no tiene hijos y el 9,5%, tiene un hijo.

El 57% realiza trabajos de jornada parcial y el 24% no ha trabajado nunca.

El 48% no ha firmado contrato en su actividad laboral.

En el 57% de los casos, el sustentado principal es el padre de la entrevistada y en el 19% la madre.

El 57% viven en hogares nucleares, el 19% en familia monoparental y el 19% en familia extensa.

Grupo 2. Mujeres en familias monomarentales.

Predominan las mujeres de 26 a 40 años (87%).

El 50% son separadas o divorciadas y el 37% son solteras.

Todas tienen la nacionalidad española.

El 44% tienen estudios primarios, el 38% secundarios y el 12,5% universitarios.

El 62,5% tiene un hijo y el 19%, dos hijos.

El 37,5% realiza trabajos de jornada parcial y el 37,5% de jornada completa.

El 44% no tiene contrato y el 25% tiene contrato indefinido.

En el 81,3% de los casos, el sustentado principal es la entrevistada.

Grupo 3. Mujeres en hogares nucleares.

Un 53% tienen entre 26 y 40 años, un 26% menos de 25 años y un 21% de 41 a 65 años.

El 84% conviven en pareja y el 89% forman hogares nucleares.

El 84% tienen la nacionalidad española y el 16% extranjera.

El 26% no tiene estudios, el 21% tienen estudios primarios y el 47% secundarios.

El 26,3% tiene un hijo y el 47% dos hijos o más.

El 42% realiza jornada completa y el 21% jornada parcial.

El 32% no tiene contrato y el 10,5% tiene contrato temporal.

En el 84 de los casos el sustentado principal es la pareja de la entrevistada.

Grupo 4. Mujeres inmigrantes.

Predominan las mujeres de 26 a 40 años (62,5%), el 25% tiene entre 41 y 65 años.

El 4% viven en pareja y el 37% son separadas o divorciadas.

Todas son extranjeras.

El 19% no tiene estudios, el 19% tienen estudios primarios y el 25% secundarios y un 37% estudios universitarios.

El 50% tiene un hijo y el 25% más de 4 hijos.

El 75% realiza trabajos de jornada completa y el 25% de jornada parcial.

El 69% no tiene contrato.

En el 68% de los casos el sustentado principal es la entrevistada y en el 12% su pareja.

El 12% vive en piso compartido, el 38% forma familias nucleares y extensas.

Grupo 5. Mujeres mayores.

El 62% de las mujeres tiene entre 41 y 65 años y el 37,5% más de 65 años.

El 50% son viudas y el 50% son separadas o divorciadas.

Todas tienen la nacionalidad española.

El 54% no tiene estudios y el 37,5% tienen estudios primarios.

El 32% no tiene hijos, el 27% tiene un hijo y el 41% 2 hijos o más.

El 37,5% son pensionistas y el 58% realiza trabajos de jornada completa.

El 46% de las que trabajan no tiene contrato.

En el 83% de los casos el sustentado principal es la entrevistada y en el 17% su pareja.

El 25% forma hogares unipersonales y el 50% monomarentales.

Respecto a los ingresos que perciben los hogares de las mujeres de los distintos grupos, las mujeres del grupo 3, las que forman hogares nucleares, son las que de media presentan mayores ingresos: 1.078,1 euros mensuales. Las que menos ingresos obtienen son las mujeres del grupo 1, jóvenes y adolescentes, con 663,4 euros mensuales de media.

Tabla 6. *Ingresos mensuales por hogar en los diferentes grupos de mujeres*

GRUPO 1: jóvenes y adolescentes	663,4 euros/mes
GRUPO 2: mujeres en hogares monomarentales	900,6 euros/mes
GRUPO 3: mujeres en hogares nucleares	1.428,7 euros/mes
GRUPO 4: mujeres inmigrantes	1.078,1 euros/mes
GRUPO 5: mujeres mayores	986,7 euros/mes

Elaboración propia

A continuación hemos procedido a construir un índice de privación contando con los siguientes indicadores: 1) no puede comprar ropa; 2) no puede comprar pescado; 3) no puede carne; 4) no puede comprar frutas y verduras; 5) no puede comprar medicamentos; 6) no puede comprar libros o material escolar; 7) no puede comprar electrodomésticos; 8) no puede comprar muebles; 9) no pueden ir a espectáculos de pago y 10) no pueden ir de vacaciones. El índice resultante medida las posiciones relativas de 1 = máxima privación (se puntúa en todos los indicadores, privación absoluta) a 0 = inexistencia de privación (no se puntúa en ningún indicador).

El resultado para los grupos de mujeres de nuestra tipología son los siguientes:

Tabla 7. Puntuación en el índice de privación de los diferentes grupos de mujeres

GRUPO 1: jóvenes y adolescentes	0,276
GRUPO 2: mujeres en hogares monomarentales	0,512
GRUPO 3: mujeres en hogares nucleares	05,16
GRUPO 4: mujeres inmigrantes	0,331
GRUPO 5: mujeres mayores	0,475

Elaboración propia

Las mujeres que presentan mayor privación son las mujeres que viven en hogares nucleares (0,516) y las mujeres de los hogares monomarentales (0,512). Este hecho concuerda con los datos de que el grupo de edades entre 26 y 49 años es el más afectado por el incremento del riesgo de pobreza, y representa ya el mayor número de pobres en la mayoría de comunidades autónomas, como hemos señalado en el apartado 2 de este artículo.

El procedimiento analítico de clasificación de mujeres pobres nos devuelve realidades sociales de mujeres que comparten determinadas características que las podemos “sumar” para que los grupos resultantes tengan algo de inteligibilidad. Sin embargo somos conscientes de que la realidad de las mujeres pobres no puede encerrarse en tipos ideales uniformes, sino que se han de entender como grupos flexibles y dinámicos en su mismo seno. Cualquier clasificación esta sujeta al cuestionamiento sociológico, pero es una metodología de presentar la realidad de la que nos servimos en sociología para poder dar sentido a las regularidades que observamos.

Las mujeres pobres, en cuanto actores sociales, despliegan estrategias de gestión de la situación de vulnerabilidad y carencia y expresan sus condiciones de vida en el contexto de sus trayectorias de vida en relación con el trabajo y con la centralidad que ocupan en la familia, sea de origen o de destino. En todas las entrevistas hay un denominador común, la falta de oportunidades para desarrollarse como personas al margen de las obligaciones domésticas. Este hecho es más relevante en las mujeres que han formado una familia, pero aparece también de forma insoslayable en las mujeres jóvenes que tienen que abandonar los estudios para hacerse cargo de determinadas situaciones de cuidado de familiares. Por otra parte, también aparece como un rasgo transversal a todos los grupos de mujeres su precaria relación con el mercado de trabajo. Las mujeres jóvenes lo relacionan con una especie de rito de iniciación a la edad adulta con la esperanza de que el

mercado de trabajo les deparará un futuro mejor, lo que es sinónimo de un mejor trabajo. La combinación entre trabajo domestico y fragilidad contractual en el mercado de trabajo está presente en los relatos de sus propias vidas, de tal manera que son perfectamente conscientes del papel de subordinación que juegan tanto en la familia como en el espacio social del trabajo remunerado.

Las mujeres jóvenes dependientes de su familia de origen aspiran a cambiar su situación con “golpes de suerte” en la vida. Pero también son conscientes de que su desventaja debido a su falta de estudios juega en contra de su ascenso social. La conciencia de la dominación masculina, como factor que afecta sus situaciones personales, se hace más notoria entre aquellas mujeres que tienen a su cargo descendientes, especialmente entre las mujeres que forman hogares monoparentales. Las mujeres mayores que dependen de pensiones de viudedad articulan un discurso que se centra en la injusticia de la sociedad que permite la existencia de personas que viven con el mínimo de recursos. Cuando echan la vista atrás reconocen una vida de trabajo sin ningún tipo de valoración social, pero a menudo lo expresan como una falta de reconocimiento del trabajo que realizaron sus maridos.

Las mujeres inmigrantes latinoamericanas que viven en situaciones de vulnerabilidad y de pobreza tienen la percepción de transitoriedad. Algunas de ellas con estudios universitarios y con descendencia a su cargo consideran que su actual situación es fruto del ajuste de su ciclo migratorio. De hecho, en otros estudios se ha mostrado como las mujeres inmigrantes latinoamericanas son las que mayor número de recursos despliegan para solventar las situaciones carenciales, estrategia que les lleva a salir antes de las situaciones de pobreza. De igual manera, mujeres del este de Europa también despliegan diversidad de recursos para amoldar su situación inicial de precariedad a situaciones más estándares. Por otro lado, hay un cierto “cierre social” entre mujeres magrebíes que tiene que ver con su presencia en los distintos ámbitos sociales y que dificulta su trayectoria de superación de las situaciones de precariedad.

Los datos cuantitativos de la serie de pobreza entre 1995 y 2011 alertan de una realidad emergente y, posiblemente, novedosa en los estudios sobre los perfiles de pobreza. Cada vez hay mayor representación de mujeres y hombres pobres en las edades centrales de la vida, esto es, en las edades en las que la mayoría de la población construye hogares nucleares. El Informe Foessa del 2008 ya ponía de manifiesto el incremento de pobreza entre los ocupados, esto es, entre personas que teniendo un trabajo remunerado viven bajo el umbral de la pobreza monetaria. Esto impacta prácticamente de igual forma en hombres que en mujeres, debido a que la mayoría de la población se organiza en este tipo de hogares nucleares y la

pobreza se comparte al igual entre todos los miembros del hogar. Es en este grupo de mujeres que pertenecen a hogares nucleares donde encontramos los discursos con mayor desazón. Sobre todo en aquellos hogares en los que ha impactado de forma brutal el paro entre sus miembros, a menudo la pérdida del trabajo de la persona principal del hogar. Los trabajos que ellas realizaban o realizan, muchas veces en economía informal, pasan a ser ahora el único modo de subsistencia del hogar. Han pasado a ocupar un lugar central en el sustento de la familia aún cuando siguen sin tener el estatus de sustentadoras principales. Familias que durante años vivieron según los estándares del consumo y que han experimentado una degradación carencial por la pérdida del trabajo remunerado de sus maridos. En sus discursos se detenta una amargura vital, una ruptura con el vínculo social al no poder entender la situación en la que se encuentran en la actualidad. Sin embargo si son conscientes de la degradación de las relaciones en el seno de la familia, de las tensiones entre sus miembros, fundamentalmente con su pareja cuando hay niños pequeños a cargo.

Un último apunte. En esta investigación se ha destacado la necesidad de seguir observando la evolución del riesgo de pobreza de los hombres y las mujeres en el futuro para poder hablar de procesos de feminización o no. Los datos nos remiten a un descenso notable de la pobreza entre los más mayores en perjuicio de los más jóvenes, precisamente por el incremento de la pobreza entre las familias nucleares. No es un dato insignificante, sino que muestra, por el contrario, que los perfiles de pobreza en España están cambiando. Está surgiendo un grupo social, si se le quiere denominar así, de hombres y mujeres entre 35 y 50 años que presentan tasas de pobreza crecientes y que su condición de pobreza hace incrementar notablemente la pobreza infantil y juvenil. Sería un enfoque equivocado centrar el interés de las políticas sociales en la infancia y la juventud y desatender los núcleos familiares en los que conviven esos infantes y esos jóvenes. La reducción de la pobreza en España ha de centrarse más en el impulso de políticas familiares que en las prestaciones *ad hoc* sobre la infancia. Puede parecer algo extravagante lo que proponemos, pero acentuar la centralidad de la familia como institución social es fundamental para resolver la degradación de la misma y, por consiguiente, la de la infancia.